

Noé y Su Esperanza de un Nuevo Mundo

Un sermón para Año Nuevo

Por Rev. C. Harinck (sermón 139a)

Lectura Bíblica: Génesis 8:1-10

Salterio 55:1, 2

100:1,2

32:1-4

398:2, 3

381:1, 2

Introducción

Queridos amigos, deseo comenzar esta mañana deseándoles un próspero y bendito Año Nuevo. Sobre todo, espero que Dios les dé la bendición más gloriosa, la cual es el conocerle a Él, pues el mundo pasa con todas sus supuestas glorias. Si Dios es nuestra porción, es nuestro único consuelo tanto en la vida como en la muerte. Por lo tanto, deseo que Dios sea nuestra porción y nuestro tesoro.

Sin embargo, el Año Nuevo también nos traerá muchas desilusiones. Es por este motivo que debemos examinarnos para ver si hemos entrado al Año Nuevo con las esperanzas que tienen una buena base.

Se encuentran las palabras de nuestro texto esta mañana en Génesis 8, versículo 11, donde leemos: “*Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico; y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra*”. Estas palabras nos hablan de

NOÉ Y SU ESPERANZA DE UN NUEVO MUNDO

Vamos a considerar tres pensamientos principales:

- 1. La base de la esperanza de Noé;**
- 2. La confirmación de su esperanza; y**
- 3. El cumplimiento de esta esperanza.**

PRIMER PENSAMIENTO

Amigos, Noé creyó en Dios. Él creyó que Dios destruiría el mundo por un diluvio, y que la única seguridad se encontraría en el arca. Por eso, según el mandato de Dios, Noé entró al arca y con su familia y DIOS cerró la puerta. Después de que hubiera entrado, leemos que: “*Las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches*” (Gén. 7:11). Todo el mundo fue inundado, y cada persona fuera del arca se ahogó, pero las aguas que crecieron alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra. ¡Cuán terrible habría sido para Noé y su familia al pensar en todas las personas que se

ahogaron! Seguramente oyeron cuando clamaron y pidieron socorro. Más bien, muchos de esas personas fueron parientes de Noé. También, leemos que todos los animales de la tierra murieron.

Durante ciento cincuenta días las aguas del diluvio prevalecieron sobre la tierra; es como si todo el mundo se convirtiera en un gran océano. No se pudo ver ni casa, ni colina, ni las cumbres de las montañas. No obstante, sobre esta agua andaba Noé y su familia en el arca. Por más pequeño que era el arca, se convirtió en una casa para Noé y los suyos por cinco meses. Seguramente Noé habría pensado a veces que jamás iba a pisar la tierra otra vez. De hecho, Noé y su familia eran seguros dentro del arca, pero al mismo tiempo fueron escondidos. Dios había cerrado la puerta, y por ciento cincuenta días Noé no había recibido ninguna revelación nueva del Señor. Sin lugar a dudas, Noé habría pensado que el mundo había desaparecido no sólo para los malos, sino también para él y para su familia.

Por ciento cincuenta días, fue manifiesta la ira de Dios con la maldad del primer mundo. Se mostró mediante el agua que cayó de los cielos, y mediante el viento, la oscuridad y los relámpagos. En medio de esta revelación de la ira de Dios, el arca con Noé y su familia adentro flotaba salvo y sano sobre las aguas. Sin embargo, es seguro que Noé pensaba que tal vez nunca saldría del arca de nuevo.

No obstante, en nuestro capítulo esta mañana, vemos que sí Noé también tenía la esperanza de salir del arca. Dios había hecho Su pacto con Noé, y había prometido que Noé heredaría la tierra. Dios había planificado todo, y Él iba a mantener la raza humana por medio de Noé, para que el Mesías naciera de la familia de Noé. ¿Acaso los animales en el arca no fueron una prueba suficiente de que el propósito de Dios era poblar la tierra una vez más?

Oh, sí amigos, podemos estar seguros de que Noé esperaba que Dios guardara Su pacto, pero también podemos estar seguros de que Noé se preguntaba cómo lo haría Dios, pues el mundo entero fue como un gran mar. No había ni siquiera un lugar seco. Sin embargo, ya leemos en versículo 1 de nuestro capítulo: *“Y se acordó Dios de Noé, y de todos los animales, y de todas las bestias que estaban con él en el arca; e hizo pasar Dios un viento sobre la tierra, y disminuyeron las aguas”*.

¡Dios se acordó de Noé! No es que Dios se hubiera olvidado de Noé, pero este versículo se expresa de forma humana, puesto que seguramente Noé se había preguntado si Dios lo había olvidado o no. Dios

tardó en revelarse, pero al fin Dios se acordó de Noé, y leemos que Él hizo pasar un viento sobre la tierra. En el hebreo original de la Biblia, leemos que Dios hizo pasar un “viento de misericordia”. En Su misericordia, Dios hizo pasar un viento para secar la tierra.

¡Dios no se había olvidado de Noé ni de Su pacto con él! Después de 150 días el arca reposó en la tierra otra vez. Dios hizo que el arca reposara sobre los montes de Ararat (v. 4). Sin embargo, aún así Noé no podía salir del arca todavía. Pasaron otros cuarenta días hasta que las muchas preguntas que habría en la mente de Noé fueron contestadas. Dios iba a contestar sus preguntas de una manera muy especial.

Leemos que el arca tenía una sola ventana, y *“al cabo de cuarenta días, abrió Noé la ventana del arca que había hecho”*. Esto es un hecho muy interesante e importante. No leemos que el arca tuviera una vela, ni un timón, ni un mástil; ¡solamente tenía apenas una ventana! También es de mucha importancia saber que esta ventana estaba en el techo del arca. Es una ilustración de cómo Noé tenía que dependerse totalmente en Dios; sólo podía mirar hacia arriba y poner toda su confianza en el Señor.

Amigos, es así también en la vida de los que están en Cristo Jesús. Ellos también tienen una ventana por la cual pueden mirar hacia arriba: es la “ventana” de la oración. El pueblo de Dios necesita que Dios, por medio el Espíritu Santo, les enseñe *usar* esa ventana. Muchas veces Dios hace esto al cerrar todas las otras posibilidades y quitando toda esperanza en otras cosas, para que el pecador sólo tenga una ventana, y eso es la “ventana” de *“...oración y súplica en el Espíritu”* (Ef. 6:18), por la cual el pecador sólo puede mirar hacia arriba y clamar: *“Dios, sé propicio A mi, pecador”* (Lc. 18:13).

La Biblia nos cuenta que Noé soltó un cuervo por medio de la única ventana del arca. Noé hizo esto para ver si sería posible vivir en la tierra otra vez. Noé fue muy sabio al escoger un cuervo, pues los cuervos no tienen miedo del olor de los cuerpos podridos; más bien la carne podrida es una delicia para el cuervo. El cuervo nunca volvió al arca, y esto le informó a Noé que la tierra era de alguna forma habitable por lo menos para el cuervo, ya que el ave ciertamente había encontrado una abundancia de criaturas muertas para comer. Sin embargo, la tierra aún no era habitable para Noé, su familia, y la mayoría de los animales que estaban en el arca, pues ellos no podían comer la carne podrida como el cuervo. Por lo tanto,

una vez más Noé utilizó la ventana en el arca, y esta vez leemos que soltó una paloma. *“Envío también de sí una paloma, para ver si las aguas se habrían retirado de sobre la faz de la tierra”* (v. 8).

Con esto, vamos a considerar nuestro segundo pensamiento principal: **la confirmación de su esperanza.**

SEGUNDO PENSAMIENTO

Una paloma es muy distinta a un cuervo. La paloma tiene más cosas en común con las necesidades del hombre y de la mayoría de los animales. Las palomas no comen la carne podrida, sino las semillas de la tierra. De este modo, al enviar una paloma del arca, Noé esperaba conseguir información más específica sobre el estado de la tierra. Sin embargo, dentro de poco la paloma volvió, y leemos que *“No halló la paloma donde sentar la planta de su pie, y volvió a él al arca, porque las aguas estaban aún sobre la faz de toda la tierra. Entonces él extendió su mano, y tomándola, la hizo entrar consigo en el arca”* (v. 9).

Seguramente Noé estaba muy desanimado después de haber enviado la paloma, porque la paloma no pudo hallar comida ni donde sentarse en la tierra. Esto quería decir que la tierra todavía estaba inundada y no podía sostener la vida de Noé y los demás. Noé esperó otros siete días, y otra vez soltó la paloma para ver si la tierra los podría recibir. Con todas estas cosas, podemos ver que Noé ansiaba saber si era posible vivir en la tierra otra vez.

Por la gracia de Dios, Noé había entrado en el arca, así dejando atrás el mundo viejo y malo y todo lo que él tenía antes. No obstante, ahora Noé esperaba recibir de la Mano del Señor un mundo nuevo limpiado por el diluvio, y un mundo donde él y su familia y todos los animales podrían habitar. En el envío del cuervo y de la paloma vemos la esperanza de Noé de un mundo nuevo. Esto es una ilustración de la vida espiritual.

Todos los que son nacidos de nuevo, es decir todos los creyentes, esperan *“un cielo nuevo y una tierra nueva”* (Apoc. 21:1) en la que mora la justicia. Por la gracia de Dios, los creyentes han dejado atrás el primer mundo que está lleno de maldad, y como el padre Abraham, ellos han experimentado una

conversión verdadera y han dejado su tierra. Por la naturaleza, todos nacemos en este mundo y pertenecemos a ello. Sin embargo, la conversión verdadera nos hace nuevos miembros de la familia de Dios, y llegamos a ser miembros de una nueva familia de forasteros y peregrinos. Cuando *“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo”* (Rom. 5:5), para nosotros el mundo pierde su atracción y la belleza que parecía tener antes. Entonces veremos la pobreza que hay en una vida sin Dios y sin Cristo. La atracción que antes tenía el mundo se cambia por un deseo de Dios. Se siente la gran separación que el pecado ha hecho entre Dios y nosotros, y entonces al ver las cosas del mundo, sólo podemos decir: *“Vanidad de vanidades...todo es vanidad”* (Ecl. 1:2). El alma renacida ya tiene hambre y sed de las cosas que el mundo no la puede dar.

Es así que los hijos de Dios se convierten en forasteros y peregrinos en este mundo. Cuando Dios llega a ser nuestra porción de verdad, podemos decir con el Salmista: *“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra”* (Salmos 73:25). Cuando la nueva vida está en acción, ya no nos sentimos en casa aquí en este mundo, pues la nueva naturaleza anhela la comunión con Dios que no se encuentra aquí en este mundo. Jesucristo, el Cordero Quien ha comprado a los Suyos con Su preciosa sangre, también está en el cielo, y el pueblo de Dios desea estar con Él. En el cielo ellos serán vestidos de ropas blancas y servirán a Dios sin pecado. En pocas palabras, el cielo contiene todo lo que la nueva criatura ama, y la tierra contiene todo lo que el alma renacida aborrece.

Por lo tanto, el pueblo de Dios se convierte en forasteros y extraños aquí en este mundo. El mundo contiene tantas cosas que los impiden servir a Dios, y tantas cosas que los impiden tener la comunión de Dios. Todas estas cosas hacen que el hijo de Dios se dé cuenta de que el cielo es su morada, y no la tierra. También se da cuenta de que no son más que peregrinos aquí en este mundo.

Sin embargo, ¡es imposible ser peregrino sin antes ser extraño en este mundo! Tan solamente cuando el Señor nos hace extraño y forastero, y cuando nos hace darnos cuenta de la pobreza de las cosas de este mundo, entonces nos haremos peregrinos. Es la gracia divina, entonces, que le envía al peregrino en su peregrinaje al cielo.

No obstante, cuántas veces tiene que quejarse el pueblo de Dios: “*Abatida hasta el polvo está mi alma; vivifícame según tu palabra*” (Salmos 119:25). De todas las quejas del pueblo de Dios, esta es la más grande. Experimentan que no *son* lo que deben de ser; no *son* forasteros y extraños aquí en el mundo. La nueva vida es tan maravillosa solamente cuando la fe está en acción; esa sí es una vida que anhela el cielo y no se siente en casa aquí en este mundo. Cuando la fe está en acción el hijo de Dios, como Noé, espera un mundo nuevo.

Dios le había prometido a Noé que él heredaría la tierra de nuevo. De la misma manera, el pueblo de Dios tiene la promesa del Señor que van a heredar un nuevo mundo. Como dice el apóstol Pedro: “*Pero nosotros esperamos, según su promesa, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia*” (2 Pedro 3:13). En las Escrituras se habla de la nueva Jerusalén, “*...la cual desciende del cielo*” (Apoc. 3:12). Dios no destruirá el mundo otra vez con el diluvio, sino que lo purificará con fuego. Esto no quiere decir que esperemos otro mundo o un mundo cambiado; al contrario, esperamos un *nuevo* mundo, purificado por la Mano de Dios.

Cuando Dios creó el primer mundo, sólo había dos personas que moraron en ese Paraíso: Adán y Eva. Cuando Dios destruyó el mundo con el diluvio, sólo había ocho personas que poblaron el nuevo mundo. Sin embargo, cuando aparezcan los cielos nuevos y la tierra nueva de los cuales habla Pablo, habrá una multitud sin número que morarán allí. La Iglesia verdadera vendrá de todas generaciones, todas lenguas y todas naciones para luego heredar el mundo nuevo.

El conflicto que experimenta el pueblo de Dios, igual que Noé, es la pregunta: ¿Heredará *yo* el nuevo mundo?” Muchas veces el pueblo de Dios tiene miedo como tenía David, quien dijo: “*Al fin será muerto algún día por la mano de Saúl*” (1 Sam. 27:1). El miedo del pueblo de Dios es que perezca por causa de su propia incredulidad.

Noé estuvo en el arca ciento cincuenta días, y luego esperó otros cuarenta días más hasta enviar fuera el cuervo, y aún otros siete días hasta que envió la paloma y siete días más hasta que volvió a enviar la paloma del arca. En total, Noé estuvo dentro del arco más de doscientos días. No es de maravillarse que Noé se haya preguntado si alguna vez él pisaría la tierra otra vez.

Pero he aquí, el Señor le dio consuelo a Noé. Después de enviar la paloma la segunda vez, la paloma volvió a Noé, y leemos: *“Y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico, y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra”* (v. 11). Esto fue un mensaje de Dios diciéndole que había quitado Su maldición de la tierra. Fue una muestra del favor de Dios, y una garantía de que Dios le dará a Noé la tierra para habitar de nuevo. ¡Cuánto se habría alegrado Noé al ver la hoja de olivo como una muestra del cumplimiento de la palabra de Dios! De la misma manera, Dios quiere consolar a Su pueblo hoy en día. La tierna hoja de olivo fue una muestra y un anticipo del nuevo mundo para Noé, y de la misma manera, Dios le da a Su pueblo muestras y anticipos del cielo.

Ya hemos explicado como en la acción de la fe, la vida nueva nos hace extraños y forasteros aquí en este mundo. ¡Cuánto desea el corazón estar con Dios para siempre y para servirle sin pecar! Satanás trabaja arduamente para intentar destruir las esperanzas del pueblo de Dios. Sin embargo, Dios triunfa sobre el diablo, y confirma sus esperanzas al otorgarles muestras y anticipos del cielo. El pueblo de Dios no siempre vive en la oscuridad aquí en el mundo. Dios Padre abre Sus brazos Divinos a veces para que Su pueblo acuda a Él. Otras veces Jesucristo lleva a Su pueblo a Su casa del banquete, para que pueda decir: *“Y su bandera sobre mi fue amor”* (Cantares 2:4). También el Espíritu Santo consuela al pueblo de Dios, aplicándoselos los méritos de Cristo. De este modo las esperanzas del pueblo de Dios son confirmadas, igual que la esperanza de Noé fue confirmada. Sin embargo, muchas veces esto no se lleva a cabo en la manera que espera el pueblo de Dios, sino en la manera que Dios quiera. Vamos a considerar esto en nuestro tercer pensamiento, cuando hablamos del **cumplimiento de esta esperanza**.

TERCER PENSAMIENTO

En el versículo 13 leemos: *“Y sucedió que en el año seiscientos uno de Noé, en el mes primero, el día primero del mes, las aguas se secaron sobre la tierra; y quitó Noé la cubierta del arca, y miró, y he aquí la faz de la tierra estaba seca”*.

Así que, ¡fue en Año Nuevo que Noé vio la tierra seca otra vez! La Biblia nos dice que fue el primer día del primer mes del año. Sin embargo, fijémonos que Noé no salió del arca cuando vio que se había

secado la tierra, sino que esperó el tiempo del Señor. No había sido Noé quien cerró la puerta del arca, y de la misma manera no pudo ser él quien la abriera. De este modo también el pueblo de Dios tiene que esperar hasta el tiempo de Dios. Hay veces que los hijos de Dios dicen con Elías: *“Basta ya, oh Jehová; quítame la vida”* (1 Reyes 19:4). No obstante, no está en nuestras manos decidir el día, el momento, ni la manera por el cual debemos morir.

Noé fue obligado a esperar, y observemos cuán paciente fue él. Dos meses después de quitar la cubierta del arca, Dios le habló a Noé: *“Sal del arca tú, y tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos contigo”* (v. 16). Noé y su familia habían esperado un total de un año y diez días después de haber entrado al arca, y por fin vino la voz del Señor que les permitió salir del arca. Para el pueblo de Dios, llegará el día cuando entrará en la tierra de Emanuel para heredar el nuevo mundo. Después de tantas aflicciones y conflictos en la nave de esta vida, el pueblo de Dios llegará a las orilla del cielo y oirá la voz de Cristo: *“Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”* (Mt. 25:34). Entonces, con el gozo eterno el pueblo de Dios entrará al nuevo mundo.

Podemos estar seguros de que Dios cumplirá Su Pacto, y esto se manifiesta al ver como Dios cumplió la esperanza de Noé de pisar la tierra nuevamente. Del mismo modo Dios cumplirá la esperanza de los justos, *“mas la esperanza de los impíos perecerá”* (Prov. 10:28).

Antes de terminar con algunas palabras de aplicación personal, vamos a cantar **del Salterio 398, las estrofas 2 y 3.**

APLICACIÓN

Queridos amigos, ya hemos entrado al Año Nuevo, y es muy necesario que examinemos nuestras propias esperanzas. Llegará el día cuando ellos no entrarán en un Año Nuevo, sino que entrarán a un mundo donde todo es eterno y para siempre. Para algunos sería el gozo eterno del pueblo de Dios, y para otros será la miseria eterna del infierno. Hace seis mil años el pecado entró al mundo por medio de una mentira del diablo, quien dijo: *“No moriréis”*. Hoy en día la gente sigue siendo engañada por la misma mentira. El diablo intenta convencer al hombre de que puede vivir en el pecado y en el mundo y también

entrar en el cielo. El “evangelio” de Satanás es: “Paz, paz; no hay peligro. Tú eres una buena persona; vas a la iglesia, así que ciertamente entrarás al cielo”.

No obstante, hemos visto en la historia de Noé y la destrucción del primer mundo que solamente ellos que entraron en el arca pudieron pisar la nueva tierra. Esta misma condición existe hoy. Primeramente necesitamos recibir un nuevo corazón y vivir una vida que es el *resultado* del corazón nuevo, antes de poder entrar en el nuevo mundo en el cual mora la justicia. Por la naturaleza esperamos la felicidad, la paz y aún la salvación de este mundo. Sin embargo, la verdadera felicidad y la única paz verdadera no se encuentran en este mundo, porque no puede haber paz y gozo sin Dios.

Por esto, queridos amigos, es necesario que el mundo muera en nosotros antes que nosotros muramos en el mundo. Pero, para que el mundo muera para nosotros, es necesario que veamos la pobreza del mundo y que no lo deseemos. Cuando Dios derrama Su amor en el corazón, entonces veremos de verdad lo vano, lo vacío y lo pobre que es el mundo. Llegaremos a ser forasteros y extraños en este mundo, y nos daremos cuenta de que el mundo no nos puede satisfacer nuestras esperanzas.

Querido amigo, ¿alguna vez has experimentado el vacío de este mundo? ¿Se ha hecho verdad en *tu* vida que eres peregrino en este mundo y que no se siente en casa aquí. ¿Tu alma tiene sed del Dios viviente? El hombre ha sido creado para estar con Dios, y por esto no es posible encontrar reposo y paz fuera de Dios. Esto fue la experiencia de Abraham, Isaac y Jacob, y ellos confesaron que eran forasteros en este mundo, y peregrinos que viajaban a otro país que era mucho mejor. Todo el verdadero pueblo de Dios ha salido de la ciudad de destrucción y tiene sus ojos puestos en la nueva Jerusalén.

Noé anhelaba entrar en el nuevo mundo, pero tenía que esperar bastante tiempo hasta Dios se lo permitió. Sin embargo, la paloma vino con esa hoja de olivo como una promesa y una muestra para Noé de que sí él iba a heredar la tierra. De la misma manera el pueblo de Dios reciben muestras y anticipos de la vida que les espera en el cielo. Allá en el cielo el pueblo de Dios no hará una obra desconocida, ni será un lugar desconocido para ellos, pues habrán experimentado muestras ya en esta vida.

Congregación, ¿cuál es nuestra esperanza? ¿Para qué estamos esperando nosotros? La esperanza de los justos será cumplida, pero la esperanza de los malos perecerá. Cuando Jesús habló acerca de Su

segunda venida, Él dijo: “*Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre*” (Mt. 24:37). El diluvio vino de golpe y la mayoría de las almas fueron perdidas y tenían que comparecer delante de Dios su Juez. Así tuvieron que aparecer delante de Dios para rendirse cuentas sin ser preparados y sin ser salvos. Así también será con la segunda venida del Hijo del Hombre. No sabemos si Cristo vendrá o no en este Nuevo Año, pero sí sabemos que el día de nuestra muerte será el día de juicio en el cual tendremos que comparecer delante de Dios para rendir cuenta de cómo hemos vivido.

Queridos amigos, la puerta del arca aún no está cerrada. La invitación del Evangelio los llama, y Dios le dice a cada uno de ustedes: “*Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?*” (Ezeq. 33:11). “*Buscad a Jehová mientras puede ser hallado; llamadle en tanto que está cercano*” (Is. 55:6).

Hijo de Dios entre nosotros, seguramente cuando tú lees sobre los forasteros y peregrinos en la Biblia, tienes que acusarte y decir: “Oh, abatida está mi alma hasta el polvo”. Sin embargo, por otro lado has experimentado momentos cuando sí podías decir que eras extraño en este mundo, y pudiste decir: “¿A quién tengo yo en el cielo sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra”.

Escuchen, peregrinos en medio de nosotros: el camino puede ser largo, pero recuerden que Dios se acordó de Noé. Dios ha prometido a los Suyos: “*No te desamparé, ni te dejaré*” (Heb. 13:5). Oh bendito pueblo de Dios, pueden entrar al Nuevo Año con la esperanza verdadera, y con un Dios que les ha prometido nunca desampararles jamás. Amén.